

Evolución de los diseños de la cerámica farmacéutica durante la Edad Moderna

Julia LÓPEZ CAMPUZANO

LA CERAMICA FARMACEUTICA: SUS ORIGENES

Toda pieza cerámica surge de una voluntad de forma que concierne en primer lugar a su diseño, producto de la valoración estética de su creador, pero la denominada cerámica farmacéutica ha de responder a unas determinadas características, entre las que destacamos la funcionalidad de los recipientes, a la que, en líneas generales, han de adaptarse sus formas y tipos, ocupando la decoración un puesto secundario, cuya evolución sigue las corrientes artísticas de cada época.

Desde la más remota antigüedad se hizo necesaria al hombre la utilización de recipientes para almacenar los productos curativos, tanto los que mantenían un estado sólido como los que presentaban un aspecto líquido más o menos denso o graso, por lo que suponemos que para solventar esta necesidad se utilizaran junto a las astas de algunos animales —que sirvieron, sin duda, como continente de líquidos y moliendas— vasijas cerámicas de formas indeterminadas con la misma finalidad.

La arqueología nos confirma esta suposición con el hallazgo de un ejemplar cerámico que sirvió como envase de un producto medicinal encontrado en una tumba hipogea de época tebana, formando parte del ajuar funerario de un individuo llamado Kha que fue inhumado hacia el año 2000 a.C.¹.

¹ Laura CAMPANILE: *I vasi di farmacia*. Silvana Edit. d'Arte, Milano, 1973, pp. 26 y 27.

Esta vasija, de fondo plano y forma globular algo alargada, se estrecha en su parte superior para formar un incipiente cuello y una boca de grueso reborde; aunque carente de decoración, su acabado presenta vidriado en su parte interna, mientras que al exterior el barniz plumbífero aparece sólo parcialmente. La presencia de este barniz impermeabilizador nos indica que el recipiente recibió este vidriado con el fin de evitar la evaporación de su contenido, que, tras su posterior análisis, resultó haber sido en su origen un óleo medicinal de sales de hierro y opiáceos.

El mismo descubrimiento confirma asimismo lo que ya conocíamos a través de las fuentes escritas sobre la utilización de recipientes cerámicos como continentes de medicamentos destinados a un uso posterior que se hace más frecuente conforme avanzamos en el tiempo: en los «igtreia» griegos se utilizaron vasos cerámicos, de los que desconocemos sus formas, según se desprende de los escritos de Hipócrates y sus discípulos, recogidos en el *Corpus Hipocraticum*.

Varios siglos después, Pedacio Dioscórides (siglo I a.C.) redactaba unas normas relativas a la conservación de drogas y medicamentos, indicando los recipientes más apropiados para cada producto, recomendando las vasijas de plata, vidrio y las de «loza de barro no porosa» como las más idóneas para conservar los líquidos medicinales².

Durante la época romana se utilizaron en todas las provincias del Imperio recipientes medicinales de variados materiales, siendo frecuentes los de barro con vidriado de plomo; no obstante, aún no se realizaron formas vasculares de diseño específico para un uso médico-farmacéutico (las fuentes escritas no se ocupan de este aspecto), por lo que hemos de avanzar hasta la Edad Media, al periodo de la expansión islámica por Occidente, para observar ciertos cambios en este sentido.

La conquista musulmana de nuestra Península por guerreros procedentes del norte de África introdujo a lo largo del siglo VIII cambios de tipo religioso y social, pero los avances culturales que harían renacer todas las ramas del saber se inician con los Omeyas, bajo cuyos gobiernos la Corte cordebasa experimenta una fuerte orientalización de las costumbres, especialmente durante el reinado de Abderramán II, cuando se asientan en el Emirato múltiples personajes orientales ligados a la filosofía, la historia, la astronomía, la medicina, las ciencias ocultas, etc., y al mismo tiempo los hispanos comienzan a viajar por Oriente. Frutos de esos contactos fueron,

² P. DIOSCORIDES: *Materia médica* en cinco libros. En el Libro IV se ocupa de la descripción de las drogas y de su conservación para que no pierdan actividad, aconsejando los recipientes más adecuados para cada producto para defenderlo de los agentes externos. Esta obra ha sido estudiada y comentada durante siglos y considerada imprescindible para el estudio de las Ciencias de la Salud hasta el siglo XVIII.

Esta obra fue traducida al castellano por Andrés Laguna en el siglo XVI y tuvo numerosas reediciones, alcanzando una de ellas el siglo XVIII.

por un lado, las modas cortesanas (utilización de tejidos vaporosos y brillantes y de abundantes joyas) y el uso de especias, drogas y productos medicinales exóticos hasta entonces desconocidos en la Península y, por otra parte, la prosperidad del Emirato atrajo a toda clase de artesanos, entre los que destacamos a los ceramistas, que aportan nuevas técnicas, como las del vidriado —desaparecida en Occidente, aunque en el mundo oriental se continuó utilizando e incluso se había perfeccionado— y la del esmaltado blanco de plomo y estaño, cuya técnica se había descubierto en Persia cuando se trató de imitar la porcelana china.

Asimismo hemos de destacar entre los muchos y variados objetos que se importaron desde el Oriente islámico ciertos vasos cerámicos que, por supuesto, eran considerados como objetos de lujo y no tenían una función o uso concreto o específico, figurando como uno de los obsequios preferidos por las damas para guardar sus afeites o para utilizarlos como floreros en sus hogares.

Después del establecimiento de estos ceramistas en la España musulmana se imitaron las piezas anteriormente citadas en diversos centros alfareros, y algunos de ellos, como Málaga, se dedicaron a la fabricación de piezas cerámicas con reflejos dorados, que más tarde se fabricaron artesanalmente en otros centros cerámicos hispano-musulmanes y algunos alfares de los territorios cristianos de la Corona de Aragón, donde los artesanos moriscos allí establecidos continuaron con su labor tradicional.

Durante la dominación islámica de la Península, los vasos cerámicos utilizados como continentes de productos medicinales adquieren las características peculiares de acuerdo con la función que cada uno de ellos ha de desempeñar, distinguiéndose ya una tipología que irá afirmándose con el tiempo en unos casos, y ampliándose durante la Edad Moderna con nuevos tipos de diseños más elegantes y perfectos.

El primer recipiente adoptado por los farmacéuticos en razón de sus propiedades formales fue el «albarello», importado primero de Persia y más tarde fabricado por los diversos alfares hispanos. Su diseño se consideraba el idóneo para contener sustancias medicinales sólidas o viscosas, aunque también en el mundo musulmán oriental se dio a este vaso un uso relacionado con mermeladas y conservas frutales, además del de continente de drogas, del que parece que procede su nombre³. Por otra parte, el impulso dado a las ciencias medicinales durante el Califato, y que continuó posteriormente en los distintos reinos «taifas», tuvo como resultado la paulatina separación de la medicina y la farmacia en ciencias independientes y, consecuentemente, la demanda de los seguidores de ésta a los alfareros de formas vasculares concordantes con su posterior función, junto con la exigencia de

³ J. J. LOPEZ CAMPUZANO: *Cerámica farmacéutica: las farmacias de Madrid*. Edit. de la Universidad Complutense, Madrid, 1988, ver p. 132.

unos tamaños relacionados con la capacidad deseada por esta específica clientela.

Durante la Baja Edad Media, muchos de estos vasos se exportaron a Francia y otros países europeos desde nuestra Península, aunque a partir del Renacimiento, Italia se convierte en un país exportador, en competencia con las lozas hispanas. El proceso italiano es consecuencia de varios factores: por una parte, hemos de tener en cuenta la influencia musulmana de Sicilia y del sur de la península itálica, además de los contactos comerciales con Oriente; por otro lado, la imitación de formas y técnicas de piezas cerámicas hispanomusulmanas y mudéjares, que en Italia se importan por vía marítima a través de Mallorca, darán lugar a la fabricación, desde el siglo XIV, de una cerámica conocida como «mayólica» en varios centros italianos como Faenza, Urbino, Casteldurante, Siena, Ferrara, Caffagiolo, Gubio, Deruta, etcétera, y finalmente hay que destacar el papel de Lucca della Robbia como gran impulsor del desarrollo cerámico italiano.

TIPOLOGIA Y EVOLUCION DE LOS DISEÑOS DURANTE LA EDAD MODERNA

Tradicionalmente, los farmacéuticos han dado una nomenclatura a los recipientes cerámicos por ellos utilizados profesionalmente, que ha sido la seguida en nuestro estudio: ALBARELOS, PILDOREROS. BOTELLAS, BOTIJOS. CANTAROS, JARRONES, ORZAS y COPAS⁴.

Albarelos, pildoreros, botijos y orzas fueron los recipientes fabricados por ceramistas hispanos desde la Edad Media, ya que sus formas, con diseños cada vez más funcionales, se adaptaban perfectamente a las exigencias de la clientela farmacéutica.

En diversos museos y colecciones particulares podemos admirar piezas cuyas dataciones son más antiguas que la primera publicación, en 1488, de Saladino Ascoli⁵, en la que se describe la variedad tipológica de vasos que han de utilizar los farmacéuticos, preferentemente, para la conservación de drogas y medicamentos. Posteriormente, Brunfels⁶, en 1536, y Juan de Renou⁷, en 1608, serán los autores que se ocupen del tema, debiéndose a este último autor la redacción de normas para la instalación de la casa y botica del farmacéutico y dedicando todo un capítulo —«De articulis, pixidibus et aliis officinae vasis»— a la descripción de los recipientes cerámicos destinados a contener medicamentos y drogas, citando entre ellos la «caprínula»,

⁴ J. J. LOPEZ CAMPUZANO: *Opus cit.*, pp. 146-147.

⁵ ASCOLI SALADINO: *Compedium Aromatorium*, 1488.

⁶ J. BRUNFELS: *De re pharmaceutica*. Salerno, 1536.

⁷ Juan DE RENO: *Tratado de Farmacia*. Paris, 1608.

símbolo inequívoco de los boticarios en Francia⁸, vaso farmacéutico conocido en la actualidad como «chevrette» en el país vecino y conocido por los profesionales españoles como «botijo».

España, pionera en la producción de recipientes cerámicos farmacéuticos, careció de textos sobre este tema hasta 1926, en que se editan los primeros artículos de Benito del Caño y Suárez Bravo⁹, a los que siguió en 1928 la obra *Cerámica farmacéutica*, de Benito del Caño y Roldán Guerrero, quienes, basándose en textos franceses, nos aportan la lista de recipientes citada más arriba, con excepción de las COPAS, tan frecuentes en los ajuares farmacéuticos durante el siglo XIX.

Albarello.—La definición más escueta dada a este tipo de recipiente es la de «vaso de forma cilíndrica, ligeramente entallada en su parte central para poder asirlo con mayor facilidad», pero tras la observación de numerosos botes a los que se les puede aplicar la denominación «albarello», hemos realizado la ampliación de estos datos:

a) El cuerpo puede ser completamente cilíndrico (generalmente ocurre así en los vasos mudéjares del siglo XIII y principios del XIV, y en los hispanomusulmanes del s. XV) o presentar mayor o menor entalle.

b) La boca es sensiblemente más ancha que el pie y suele terminar en un reborde curvo destinado a retener la cuerda que ajustaba la tela encerada o el pergamino que hacía el oficio de tapadera.

c) El cuello suele ser corto y está formado por una ligera estrangulación del vaso.

d) El pie es por lo general liso, pero también existen ejemplares con alguna molduración.

e) Su interior es liso y barnizado (excepto en algunos ejemplares de Paterna correspondientes al siglo XIII y principios del XIV) para evitar la porosidad y la consiguiente evaporación del producto que ha de contener.

f) La altura oscila entre los 20 y los 30 cm.

Estas características generales varían en algún momento.

Tal como sucedió en España y en Italia, en Francia los primeros botes cerámicos con esta tipología se importaron de Oriente a través del comercio o de algunos peregrinos como recuerdo de su estancia en Tierra Santa. Posteriormente se importaron de España y más tarde también desde Italia. El vaso tipo albarello varía su nombre en Francia varias veces a lo largo del tiempo: así, parece que la denominación «bote de damas» se daba a los reci-

⁸ La «chevrette» o botijo de farmacia tuvo en Francia un uso exclusivamente farmacéutico, y tras el juramento de Chauny, el 20 de mayo de 1772, se persiguió legalmente a los especieros y drogueros que las exhibían en su comercio.

⁹ C. BENITO DEL CAÑO y F. SUÁREZ BRAVO: «Cerámica farmacéutica». *Boletín de la Sociedad Española de Farmacia*, n.º 34, Madrid, 1926, pp. 217-303.

piques orientales, mientras que a los importados de España se les conocía con el nombre de «pots de Valencia» en el siglo XV, debido a su procedencia. Cuando se comienza en Francia la producción de loza, el recipiente se denomina «bote de Beauvais» para relacionarlo con el lugar donde se elaboraban (siglo XVI), y a partir del siglo XVII aparece la denominación de «bote cañón»¹⁰.

En Italia parece ser que hasta el siglo XVII también adoptaron en principio el nombre de procedencia de los centros ceramistas, aunque cuando el uso de este bote fue mayormente farmacéutico se denominó «albarello», evolución de la palabra persa que significa «vaso de drogas».

En España aparece la expresión «albarin» junto al nombre de procedencia —de Valencia, de Talavera—, y «albarello» es frecuente en los inventarios de tasaciones de boticas desde el siglo XVII, aunque, curiosamente, el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española no recoge el término hasta la edición de 1984.

El diseño heredado de los árabes presenta un perfil en arista viva que en los diversos alfares hispanos persiste durante todo el siglo XVI. A fines de este siglo, en Italia el diseño se hace más elegante y proporcionado, suavizándose los perfiles con armoniosas curvas que dotan a estos vasos de una estética formal más atractiva, en consonancia con los nuevos tiempos. Por influencia italiana, algunos alfares españoles, como los de Cataluña y Sevilla y algo más tarde Talavera, comienzan a limar los perfiles con suaves curvas, al mismo tiempo que se incorporan decoraciones muy alejadas ya de las utilizadas durante la Edad Media, de ascendencia árabe, y más en relación con la estética renacentista en boga y con los gustos de la clientela.

Pildorero.—Es un recipiente que adopta la misma forma que el albarello, del que se diferencia por su menor tamaño. Servían para contener medicamentos de pequeño volumen, generalmente pildoras oficinales. El nombre les viene por la relación con el producto que almacenan, aunque también contuvieron extractos secos, arropes y almizcles, según se desprende de las inscripciones que aparecen en los propios vasos.

Respecto a las variaciones formales y decorativas, siguen las mismas pautas que sus hermanos mayores los albarelos. Su altura oscila entre los 12 y los 16 cm.

Botellas.—La característica más llamativa de estos recipientes corresponde a su cuello largo y estrecho, pudiendo el cuerpo adoptar diferentes formas (globular, piriforme, cilíndrica, etc.); la base ha de ser plana para obtener cierta estabilidad y la boca termina en un reborde curvo o plano.

La botella propiamente dicha carece de asas, pero, a veces, encontra-

¹⁰ Henri CURTIL: *Les pots de pharmacie*. Academie des Beaux Arts, Paris, 1974.

mos botellas de uso farmacéutico con una o dos asas que también cumplen una función:

a) *Botellas con un asa.*—El asidero puede ser de sección cilíndrica o plana, de tipo cinta, y su colocación respecto al cuerpo del recipiente puede ser horizontal o vertical. La funcionalidad de este elemento era la de servir de ayuda al boticario para poder sujetar la botella por el asa y el cuello al mismo tiempo, vertiendo con mayor facilidad y exactitud la cantidad de líquido deseada.

b) *Botellas con dos asas.*—Los asideros pueden ser en forma de orejas o formando anillos de sección circular, apareciendo ambos en disposición simétrica respecto al cuerpo del vaso y colocados cerca de los hombros, ya perpendicularmente, siguiendo la dirección de la altura, o bien en horizontal. Por los asideros se pasaba un cordel o cinta de cuero que servía a su vez para suspender la botella del techo de la cueva de la botica, donde la temperatura era más estable tanto en invierno como en verano, evitándose de esta forma la evaporación o congelación y consiguiéndose así una mejor conservación del contenido.

El uso de las botellas como recipiente farmacéutico es muy antiguo, utilizándose primeramente las de vidrio desde época romana hasta que se hicieron las primeras de loza en el siglo XVI en centros cerámicos italianos que las exportan a otros países europeos, siendo famosas las de Faenza, de elegantes y estilizados diseños.

Botijo.—Este recipiente, cuyo nombre no nos parece acertado por la confusión que conlleva el término al recordar la vasija popular del mismo nombre, es el que más variantes presenta en su diseño dentro de la cerámica farmacéutica. Se trata de una vasija cuyo cuerpo puede ser globular, piriforme, cilíndrico, etc., boca ancha, cuello corto y, a veces, pie destacado. No obstante las variantes corporales, el botijo de farmacia tiene siempre las siguientes características: un asa vertical que va desde la boca o desde la base del cuello hasta la panza del vaso y un vertedero en forma de caño que, en ocasiones, presenta una nueva unión con el recipiente, similar a una brida. La boca ancha facilita su llenado, mientras que el asa, colocada simétricamente con relación al caño, permitía la sujeción de la vasija durante la evacuación del líquido por el vertedero.

Las asas son de tipo cinta o de sección circular y la altura del botijo oscila entre los 18 y los 22 cm., variando su capacidad entre 1 y 3,5 litros.

Los más antiguos que se conocen corresponden a la cerámica hispanomorisca o mudéjar, razón que avala el origen español de esta vasija en los talleres valencianos de Manises durante el siglo XV. Hacia el siglo XVI se fabrican asimismo en centros italianos y compiten con las españolas debido a sus diseños más elegantes. Estas jarras con vertedero se denominaron en Italia «broca di farmacia».

En Francia se importaron botijos desde España e Italia, conociendo rápidamente una gran difusión y aprecio debido a su funcionalidad. En el país vecino se conoce a este recipiente con el nombre de «chevrette», debido a la semejanza de su perfil con el de la cabeza de una cabra o un corzo. Tras la importación vino la imitación de la vasija por los alfares franceses, que en un principio copian las formas servilmente, evolucionando con el tiempo sus diseños al seguir las disposiciones exigidas por los boticarios.

Las vasijas con vertedero y asa fueron utilizadas por los boticarios desde el s. XV al XVIII, pues aunque su forma era la más adecuada para su función, el paso del aire por su boca ancha originaba la oxidación y fermentación de los productos que contenían, por lo que se hizo necesaria la cubrición de la misma con una tela encerada o pergamino. A partir del siglo XVII, la forma se completa con una tapa cerámica adaptada a la boca grande del recipiente, mientras que el orificio del vertedero se cubría con un capuchón de tela encerada.

El botijo de farmacia fue muy usado por los boticarios de los distintos países europeos, por lo que se fabricó en alfares de Italia, Francia, Holanda, Alemania, Austria, Suecia e Inglaterra; no obstante, en su país de origen (España) su utilización fue escasa y no hubo leyes restringiendo su uso exclusivamente a los farmacéuticos, como ocurrió en Francia.

Cántaro.—La vasija utilizada con este nombre en farmacia nada tiene en común con el clásico vaso griego. Se trata de un recipiente de regular tamaño, cuerpo ovoideo o globular alargado, base pequeña y plana, cuello corto —en relación con el cuerpo— y boca con un diámetro similar al alto del cuello. Puede llevar una o dos asas de tipo cinta, que unen el cuello o la boca con la panza del recipiente o con los hombros del mismo.

Los cántaros fueron utilizados por especieros, drogueros y boticarios, que almacenaban en ellos líquidos en cantidad, como agua destilada o aceites de diverso origen. En los hospitales se empleaban para aguas destiladas y jarabes, y aunque sus diseños no sufrieron apenas variaciones, los ejemplares de las farmacias de estas instituciones fueron bellamente ornamentados.

Jarrones.—Son los recipientes cerámicos farmacéuticos que presentan más variados diseños. Estuvieron destinados a almacenar los medicamentos más importantes y apreciados de la farmacología antigua. Lo más variable de estas vasijas es la forma que puede adoptar su cuerpo: ovoideo, acampinado, etc., completándose su diseño con una boca ancha provista de su correspondiente tapadera y dos asas. Generalmente, tiene pie destacado.

El tipo aparece en Italia, elaborándose los más antiguos en el s. XV en la región de Toscana y presentando una curiosa forma, ya que el recipiente en sí no es más que un albarello al que se le han añadido unas estilizadas asas cordonadas. Desconocemos si en aquella época se hicieron con tapas cerámicas o no.

En el siglo XVI se diseñan los jarrones con pie destacado y forma propia, aunque en algunos casos nos recuerdan a las ánforas griegas y en otros a las cráteras, diferenciándose de los vasos griegos por las tapaderas de las que carecían los recipientes helenos. Durante el siglo XVII, la producción de estas vasijas se extiende a todos los alfares europeos y naturalmente entre ellos a los centros españoles. A partir del siglo XVI, y debido a su ya citado destino, el cuidado en el diseño y las proporciones, unido a una exquisita ornamentación, son las características del vaso más elegante que debía presidir las oficinas de farmacia.

Las asas son también un elemento importante en el conjunto y pueden ser de tipo cinta, de sección circular, acordonadas, en forma de cuerpo de animal —generalmente, en forma de serpientes, por su simbología galénica— o terminadas en máscaras, respondiendo asimismo su diseño, evidentemente, a las corrientes artísticas de cada época.

Orzas.—Son vasijas de cuerpo abultado y formas diversas, amplia boca, cuello muy corto (simplemente esbozado) y base plana. A veces pueden presentar asas, que son muy pequeñas en relación con el cuerpo.

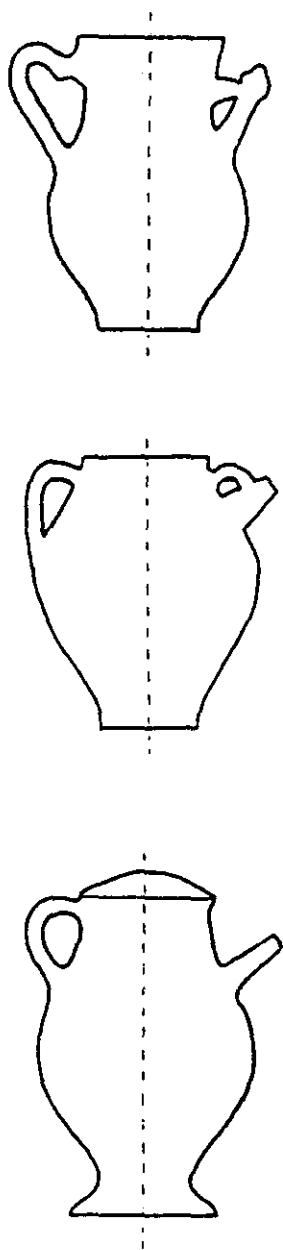
Generalmente, estos recipientes son panzudos, pero su cuerpo varía desde los diseños prácticamente esféricos a los ovoideos, las orzas de forma de barrilete y las cilíndricas de paredes rectas. Su función era servir de envase a semillas oleaginosas, grasas, féculas, etc., y aun de recipiente para almacenar medicamentos previamente elaborados, como pildoras oficinales de gran tamaño de uso veterinario.

Aunque el formato de la orza es muy antiguo —el ya comentado vaso de Kha es formalmente una orza—, existen ejemplares de esta tipología con ornamentación específica farmacéutica desde el siglo XV. Su tamaño es variable, ya que en muchas ocasiones formaron colecciones unitarias con orzas de distintas capacidades, sustituyendo a los albarelos y pildoreros. Estos botámenes fueron frecuentes durante el siglo XVII en Castilla, fabricándose en Talavera con tapas del mismo material cerámico (como es el caso de la colección del Hospital de San Juan de Burgos) o sin ellas.

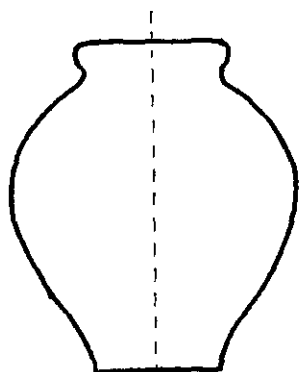
Copas.—Estos vasos, no citados por Benito del Caño entre los tipos de vasijas de uso farmacéutico, fueron frecuentemente utilizados durante los siglos XVIII y XIX, formando botámenes o colecciones unitarias completas de una misma tipología, en la que los vasos sólo variaban su tamaño en relación con su funcionalidad, como ocurrió anteriormente con las orzas. Son recipientes de boca ancha, cuerpo ovoideo o campaniforme y tienen como característica principal un pie más o menos largo y fino, que se amplía en una base de diámetro similar al de la boca.

Las copas se fabricaron en todos los alfares europeos, aunque la más antigua que conocemos, con tapa cerámica para proteger su contenido, es un ejemplar italiano de principios del siglo XVII. Como recipiente farmacéu-

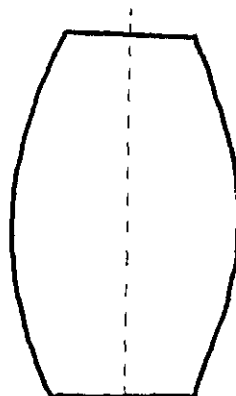
tico se fabricó tanto en loza como en porcelana cuando el secreto de este material se conoció en Europa. El primer país en diseñar y fabricar la copa de uso farmacéutico fue Italia. Los más antiguos ejemplares no poseían decoración pictórica y estaban vidriados interior y exteriormente con cubierta azul cobalto o verde. En España, las copas que formaron botámenes farmacéuticos se fabricaron en alfares levantinos y castellanos, con cubierta blanca vidriada, sin ornamentación durante el siglo XVIII y con decoración específica (plantas medicinales y rótulos) durante el siglo XIX y principios del siglo XX.



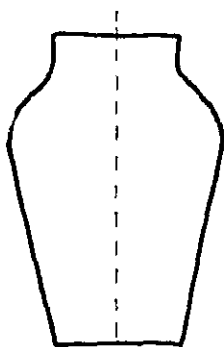
Perfiles de botijos farmacéuticos.



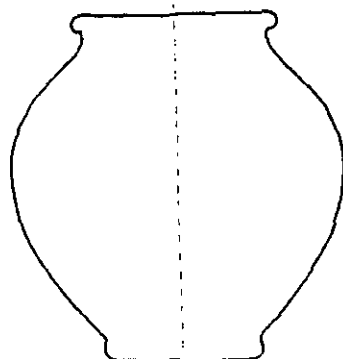
s. XVI



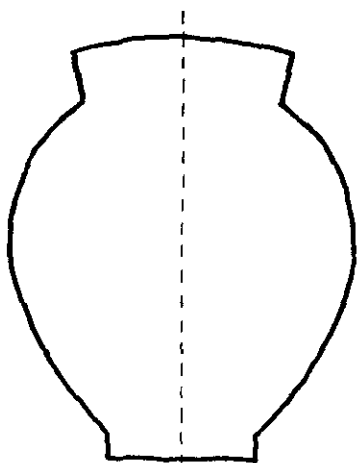
s. XVI



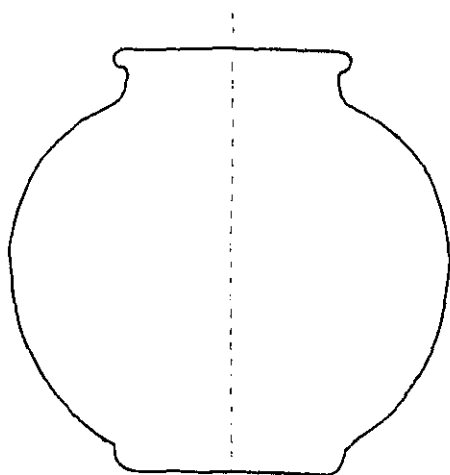
s. XVIII



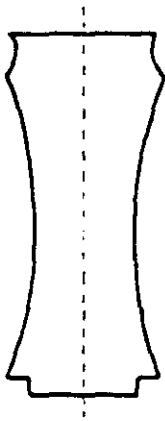
s. XVIII



s. XVIII

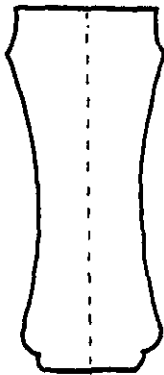
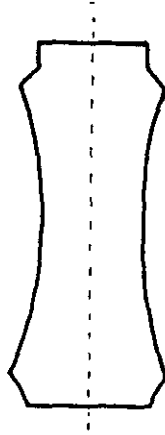


s. XVIII



ss. XVII y XVIII

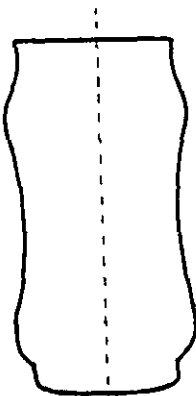
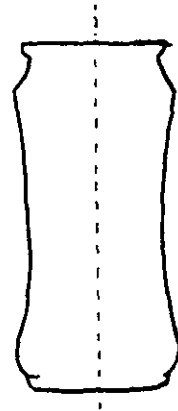
ARAGON



s. XVII

CATALUÑA

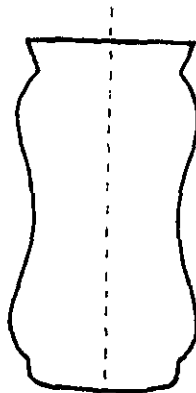
s. XVIII

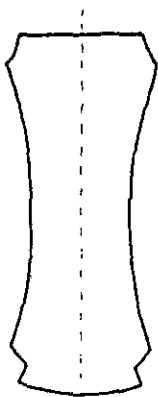


s. XVIII

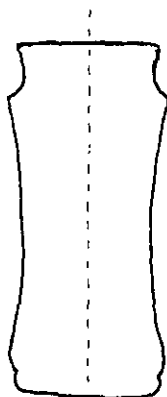
SEVILLA

s. XVIII

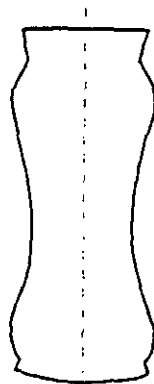




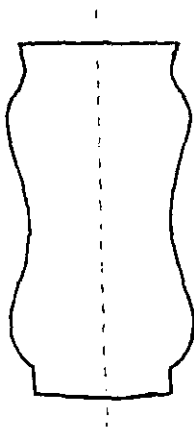
ss. XVI-XVII



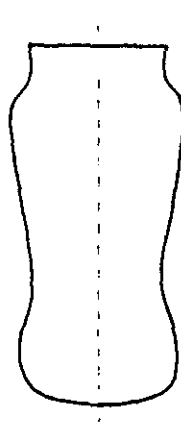
s. XVIII



s. XVIII



s. XVIII

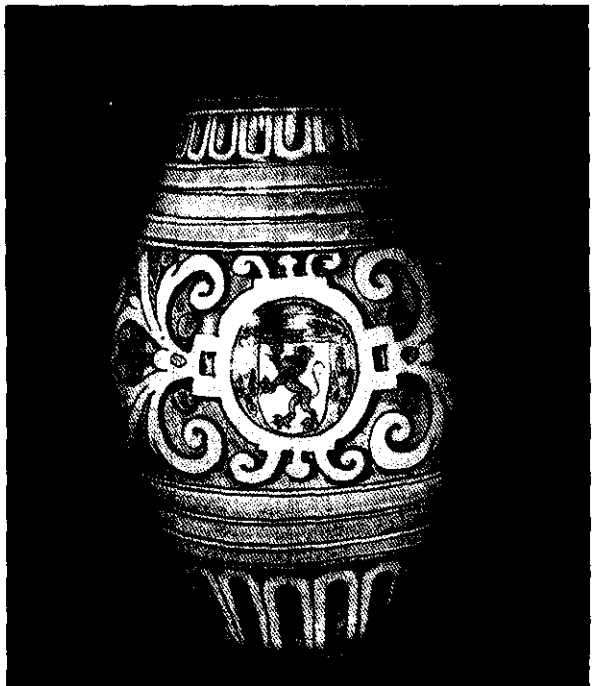


s. XVIII

Perfiles de los albarelos de Talavera de la Reina.



*Albarelo con tapadera
(Talavera, 1773.
Farmacia de la calle Espíritu Santo, 10).*



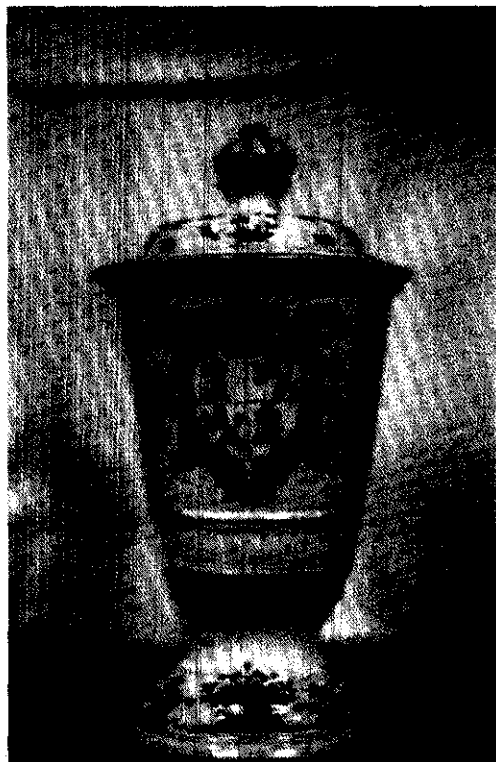
*Orza (Talavera, s. XVI.
Farmacia del Monasterio de El Escorial)*



*Orza (Talavera, s. XVIII.
Monasterio de Silos. Museo de la Farmacia Hispana).*



*Copa con tapadera.
Escudos Borbón y Farnesio
(Talavera, s. XVIII.
Hospital General de Madrid.
Museo de la Farmacia Hispana).*



*Copa con tapadera
(Talavera, s. XVIII.
Hospital General de Madrid.
Museo de la Farmacia Hispana).*



Jarrón. Ornamentación en azul. (Talavera, s. XVIII. MAB).